

COMENTARIOS DE LA PRENSA NACIONAL SOBRE LAS FUERZAS MILITARES

Las Fuerzas Militares y de Policía continúan adelante en la árdua tarea de la pacificación. Las recientes acciones desarrolladas en el Tolima y en el Territorio Vásquez (Dpto. de Boyacá), demuestran una preparación sólida en Oficiales y tropa y marcada experiencia en la lucha contra guerrillas.

El éxito de las operaciones que comentamos hace presumir que muy pronto la paz, el espíritu de convivencia y el trabajo fecundo reinarán en regiones hasta hoy castigadas por los antisociales.

Que los objetivos de las Fuerzas Militares se confunden con los objetivos de la Constitución Nacional, lo afirman brillantes editoriales y comentarios de la prensa hablada y escrita del país, sin distingo de colores políticos.

La voz de aliento del Gobierno Nacional, el estímulo oportuno de los Altos Comandos Militares y la nutrida manifestación de aprecio de la mayoría de los colombianos, son el mejor premio para quienes han hecho del cumplimiento del deber y del amor a la patria, norma y guía de todas sus actividades.

ESTIMULO Y RECOMPENSA (“El Colombiano”, 23-IX-63).

Al condecorar a los soldados que derrotaron a los malhechores comunis-

tas, el presidente Valencia tuvo frases felices para alentar a las Fuerzas Armadas y para notificar que la lucha contra la amenaza soviética era de vida o muerte. Lo que está en juego en las zonas de la violencia, en varios movimientos pseudo-sindicales y en determinadas actividades estudiantiles, es la supervivencia de las instituciones republicanas, de la democracia, de la libertad y de la idiosincrasia cristiana de nuestra sociedad.

No nos engañemos ni tratemos de engañar a los demás. Ya no es la violencia desatada con apocalíptica irresponsabilidad por nuestros dos partidos políticos, ni la violencia vulgar orientada hacia la satisfacción del afán de lucro. Es la violencia financiada, dirigida y aprovechada por el comunismo. Las pruebas objetivas pueden ser escasas, pero las indiciarias dan base para condenar al soviét.

En la cruzada por salvar a la república, corresponde el primer puesto, el puesto de honor y del sacrificio a las Fuerzas Armadas, a los altos mandos, a los oficiales, suboficiales y soldados. El ejército, la policía, la aviación y la marina, tienen en su biografía gloriosa una condecoración más: el agradecimiento de los colombianos por su consagración al rescate de la patria.

Es hora también de que ese comportamiento ejemplar de las Fuerzas Ar-

madas tenga el respaldo de la ciudadanía. Hay que colaborar con ellas, hay que depositar en ellas la confianza, hay que rodearlas de aprecio, hay que facilitarles su misión, hay que obedecer sus órdenes, hay que corresponder a sus sacrificios. Porque muchas veces, la acción preventiva y punitiva de los militares se ve dificultada por la indiferencia, cuando no por la complicidad tácita o expresa de los ciudadanos.

Se refirió el presidente Valencia en su afortunada improvisación a la manera generosa como luchan las Fuerzas Armadas. "En un combate desigual —afirmó el primer mandatario— porque el ejército de Colombia, fiel a sus gloriosas tradiciones, juega limpio en la guerra, ha venido avanzando en la pacificación de estos departamentos".

Esa observación es oportuna porque no faltan infames tergiversaciones, murmuraciones delictivas ni sugerencias hechas en reportajes de prensa, a través de los cuales se quiere hacer aparecer a los soldados de Colombia como responsables de combatir con servicia. Según estos apóstoles del derrotismo, cuando se lucha en la selva, los militares deben investigar primero qué clase de armas portan los asesinos para saber si les disparan o no. Si no fuera por la perversidad que envuelve esa sugerencia, sería ingenua e infantil. "Esta es una lucha a muerte" dijo el presidente Valencia. Quienes se lanzan al asesinato para sacar adelante sus propósitos o satisfacer sus instintos sanguinarios, deben someterse a las consecuencias de su criminal actitud.

EFICACIA HEROICA

("El Tiempo", 18-IX-63)

Sería injusto registrar estos hechos que tanto han de contribuir a esclarecer el panorama de la paz colombiana

y a establecer los orígenes y las fuentes de esta revolución a sueldo que alienta La Habana, sin rendirle tributo de gratitud y de admiración a las fuerzas militares que han estado operando en la zona del Territorio Vásquez, lo mismo las del Batallón Colombia como las aéreas con su base en Palanquero. Gracias al coraje de oficiales, suboficiales y soldados, y a la acción coordinada por la comandancia de la Brigada de Ibagué, la acción punitiva se ha cumplido con extraordinario éxito. Así lo demuestran no sólo el golpe en que fueron dados de baja Arango Fonnegra y otros bandoleros, y el no menos excelente en que cayó el cabecilla comunista Pedro Brincos con séquito de algunos de sus secuaces, entre ellos, al parecer, un estudiante de la Universidad "Jorge Tadeo Lozano", sino la hazaña cumplida ayer en que fue rescatado el doctor Germán Mejía Duque.

Todo esto acrecienta ante la opinión pública el prestigio de las Fuerzas Armadas, que ganan así en el corazón de los colombianos nuevos títulos para el reconocimiento de sus soldados. De todos cuantos abnegada y generosamente vienen jugándose la vida para devolverle al país su tranquilidad y su dignidad, y liberarlo de la oprobiosa vergüenza de la violencia.

Es justo, igualmente, aplaudir la cooperación que en todo este empeño ha correspondido al gobierno departamental del Tolima, que ha hecho de su lucha contra la barbarie preocupación esencial de su tarea ejecutiva.

Gracias a tal conjunción de voluntades y de esfuerzos, empieza a reducirse a los bandoleros. Caídos Pedro Brincos y sus principales; descubierto el carácter castrista del movimiento con la muerte de los bandoleros Arango y rescatado ya el doctor Mejía Duque, se abren amplios horizontes para empezar a creer que la violencia

—con toda su compleja red de implicaciones internacionales— irá cediendo en su intensidad y en su extensión. El ejército, una vez más, merece bien de la Patria.

LA BATALLA DE COLOMBIA

(“El Tiempo”, 22-IX-63).

¡Me ha dejado triste ese muchacho que murió en la selva!

Era sincero y valiente. Tenía al menos un ideal. Creía en algo; se fue a la montaña creyendo que en esa aventura criminal estaba el bien de la Patria.

Cómo se malogró entre salteadores. Qué no hubiera podido hacer él por Colombia si no lo hubieran mal aconsejado... Todo ese dinamismo juvenil empleado en favor de la Patria, qué no hubiera realizado!

Pero fue mal dirigido y extraviado por manos ajenas, que estaban a salvo.

¿Quién le aconsejó que el beneficio de la Patria estaba en que se marchara a la montaña a dirigir bandoleros?

¿Quién le enviaba literatura de traidores?: ¿quién lo arrancó de la Ley que es sacrosanta y le aconsejó el mal camino?

Los soldados que lo tuvieron que ultimar, seguramente le dijeron: No somos nosotros los que te matamos sino la Ley de la ciudad. Y seguramente cuando cayó bajo la justicia sería, que ahora va a salvar a Colombia, tuvo un recuerdo rencoroso contra los lejanos consejeros de su mal y de su desgracia.

Mientras tanto, nuestro ejército está dando la batalla por Colombia. Si se termina gloriosamente y con éxito, como seguramente va a suceder, nuestros soldados habrán cumplido una campaña tan importante y tan histórica como las gentes libertadoras. Nos habrán libertado de la esclavitud comunista que nos está amenazando...

Nos habrán libertado de la violencia vergonzosa y de la maldita impunidad.

Ese muchacho que murió en la selva, me ha dejado triste.

¿Quién lo engañó a él?... ¿Quién lo aconsejó mal? ¿Dónde están ellos?...

Los que lo engañaron, los que no tuvieron el valor de irse con él a la aventura criminal, ¿quedarán tranquilos e impunes riéndose detrás de los bastidores?...

Nuestros soldados y nuestros capitanes están librando la campaña más importante de este siglo para la Patria: rescatarnos a una Colombia libre y justa.

Rafael García Herreros, Pbro. Eudista.

OTRA VICTORIA DEL EJERCITO

(“El Siglo” 28-IX-63).

Una nueva y exitosa acción de las Fuerzas Armadas se ha registrado en el departamento del Tolima, con la eliminación de dieciséis bandoleros que operaban en jurisdicción del municipio de Ataco. Entre los asesinos dados de baja figura el apodado “Avenegra II”, que comandaba la banda que al enfrentarse a unidades de tropa del Batallón Caicedo fue abatida en la contienda.

Se van eliminando así los reductos sobrevivientes del bandolerismo atrincherado en el Tolima, que sigue segando vidas inocentes con salvajismo y crueldad peculiares de aquellos antisociales, para quienes la existencia humana ha perdido todo su valor y significación. En encuentros como el ocurrido en Ataco, es obvio que las fuerzas militares han debido enfrentarse a peligrosísimos contendores, tan bien apertrechados como las unidades de tropa y con ciertas ventajas como lo es un mejor conocimiento del terreno. Pero el coraje y la decisión de los soldados terminó por imponerse sobre la desesperada resistencia de los forajidos.

No se incurre en un pecado contra los sentimientos cristianos cuando se registran con satisfacción noticias de esta naturaleza. Nadie quisiera ni desearía ver a ningún colombiano víctima de las armas que el pueblo puso en las manos de sus soldados. Pero tampoco nadie desea seguir asistiendo a los espectáculos de barbarie que las bandas de cuadrilleros vienen presentando a la consternación de un país agobiado hasta el máximo por esta racha de sangre y de violencia, que un día u otro habrá de culminar con la extinción definitiva y total de los victimarios de campesinos, niños y mujeres. Cuando llegue ese día, que no habrá de estar muy lejano, habrá que rendirle a nuestras Fuerzas Armadas los honores que ya tienen justamente conquistados y merecidos, por su acción drástica y valerosa contra los enemigos de la nacionalidad.

Cada acción de esta guerra sin cuartel habrá de servir de escarmiento a los asesinos, y de estímulo para quienes por temor o por un equivocado sentido de solidaridad, habían venido convirtiéndose en cómplices atemorizados de quienes más adelante no tendrían inconveniente alguno en ultimar a sus amparadores de la víspera. Esa resistencia a denunciar a los criminales ha venido descendiendo en forma halagadora, lo que ha permitido estrechar el cerco a los antisociales lo que ha hecho más factible su captura. Como lo espera la Nación, el Ejército habrá de proseguir el paso de vencedores ya iniciado, para gloria y orgullo de sus comandos y alivio para las regiones asoladas, que cada día dejarán de serlo en proporción mayor, hasta que la paz y la convivencia entre todos los colombianos sea un hecho firme y palpable.

ALABANZA Y LOOR PARA NUESTROS SOLDADOS

Rubrica de Jota

(“El Colombiano” 19-IX-63).

“La lealtad, la constancia y el valor del Ejército de Colombia, lo han hecho todo”.

SIMON BOLIVAR

El país no puede desconocer la heroica, tesonera y eficaz empresa de pacificación que vienen cumpliendo los soldados del Ejército Nacional, para extinguir los últimos reductos y fortalezas de un bandolerismo obstinado que arrasa inocentes vidas de campesinos inermes, que devasta ricas comarcas, siembra la muerte, el terror y la desolación en donde antes la tierra sólo recibía el riego del sudor honrado de las frentes.

No ha sido fácil para nuestros hombres de armas la lucha contra el bandolerismo, porque el territorio nacional —su escarpada y abrupta geografía—, les ofrece a los violentos singulares amparos y protecciones que ellos utilizan con insuperable habilidad y maestría. En ciertas regiones y parajes, las vías de comunicación para los movimientos de tropas no son siquiera caminos de herradura, sino meras trochas, por donde los soldados no encuentran condiciones materiales muy favorables para transportar armas decisivas que puedan derrotar a los bien equipados grupos de insurgentes, que pocas veces dan la cara, porque su táctica predilecta es la emboscada, o el asalto nocturno y matrero. Para las milicias disciplinadas, las estratagemas del bandolerismo —que no son parejas ni uniformes—, resultan casi siempre sorpresivas. El doctor Horacio Gómez Aristizábal en su meditada obra “Teoría Gorgona”, ilustra algunas de sus apreciaciones sobre el complejo te-

ma de la violencia en Colombia con este juicio del Capitán Fernando Tapias Naranjo, expuesto en su estudio "Reseña Histórica de la Guerra Revolucionaria": "La estrategia no está sujeta a normas clásicas; ella no se ajusta en forma especial, ni a la táctica, ni a la política. Es irregular; como obra hoy puede obrar mañana, o puede cambiar de táctica según convenga a los planes. Carece de frente exacto en el sentido militar, puesto que sus acciones pueden ser múltiples, esporádicas y circunstanciales. Adolece de comandos centralizados, ya que sus mandos deben tener completa flexibilidad y elasticidad que les permita obrar mejor. No tiene bases de acción pues esto le implicaría una completa identificación. Generalmente escoge lugares de conformación montañosa, prominencias del terreno, lugares boscosos, sitios cultivados. No concentra todos sus esfuerzos en un solo fin determinado, sino cuando ve posibilidades de éxito. Opera generalmente en acciones individuales".

Para reforzar las reflexiones transcritas, el doctor Gómez Aristizábal hace estas tinosas consideraciones: "El bandolero para poder defenderse tiene que ser sorprendido por el enemigo. Consciente de su inferioridad numérica, procura invariablemente no tener encuentros que para él sean imprevistos con las fuerzas regulares. Cuando consume un ataque, la cuadrilla regresa a sus cuarteles por caminos distintos y en forma dispersa y desordenada con el fin de despistar. Siempre está en función de ganar adictos en el sector civil, por las buenas o por las malas. Las marchas se realizan con frecuencia en zig-zag. Nunca marcha en columna como el Ejército. Para masacres de gran escala espera la hora del reposo de las gentes desprevenidas, como son las horas del recogimiento al atardecer o las horas de comida. Es el momento en

que todo el mundo se agrupa y se distrae".

Los soldados colombianos —que son honra, prez y espejo de nuestra ordenación democrática y civil—, no han caminado propiamente por sendas tapizadas de rosas, ni por calles de honor, de aplausos y de lauros en su ininterrumpida batalla contra el bandolerismo. Inclusive, la población civil no ha sido lo suficientemente ecuaníme, justa y equitativa para valorar su acción espartana e intrépida, en lid indesmayable contra mil factores hostiles, desde los suelos que pisan hasta la topografía de las almas con que topan en sus fatigosos peregrinajes. Los civiles rurales que se saben de memoria los rostros, imágenes, mañas y artimañas de los bandoleros, ordinariamente los encubren por miedo, por terror a sus venganzas, por solidaridad también con su origen campesino. No existe, pues, la más mínima colaboración de su parte con nuestros abnegados hombres de armas. Afirma muy sagazmente el doctor Gómez Aristizábal: "El bandolero, salvo escasas excepciones, ha contado unas veces con el apoyo sincero y otras veces fingido de la población civil. La colaboración, que para sus fines antisociales da lo mismo, se produce por acción o por omisión, por admiración o por temor". De modo que nuestros valerosos soldados han tenido que dar el duro combate contra el bandolerismo por encima de muchas circunstancias adversas, rudas, incontrolables e injustificables. El señor Ministro de Guerra, General Alberto Ruiz Novoa, explicaba alguna vez ante el congreso de la república las intrincadas modalidades de esta labor austera y pertinaz, que exige en todo instante sagacidad, decisión, servicios, sacrificios e inmolaciones sin nombre. Por eso decía el Libertador, —refiriéndose al Ejército de nuestra patria— que su lealtad, constancia y valor lo habían hecho todo.

CON EL BATALLON COLOMBIA

("El Espectador", 19-IX-63).

El país recibió con inmenso alivio el resultado final de la admirable operación realizada por el Batallón Colombia en Boyacá, que culminó con el rescate, ileso, del abogado Germán Mejía Duque, secuestrado por elementos antisociales levantados en armas.

La acción fue doblemente feliz porque se evitó el asesinato de un ciudadano honrado y trabajador; se causó a los malhechores serias pérdidas en hombres y en material de guerra, y se descubrió en toda su magnitud el programa subversivo y criminal que se trata de desarrollar en el país.

La gratitud de los familiares del doctor Mejía Duque a las Fuerzas Armadas que participaron en esa acción de tipo moderno, eficaz y decidida, la comparten en realidad todos los colombianos de buena voluntad que desean la extirpación de los focos de violencia que han causado ya tanto derramamiento de sangre inocente y han costado ya tantas vidas colombianas sacrificadas en un intento antipatriótico de modificar el sistema democrático que nos rige por el implantamiento de una dictadura cruel y opresora de tipo comunista-castrista.

Hace algunas semanas, a raíz de la horrenda matanza de Marquetalia, el Batallón Colombia entró en plena acción, con nuevos elementos técnicos para la guerra de guerrillas, y se logró, en esa oportunidad, causar bajas a la banda de asesinos que comanda el sanguinario "Desquite". La acción del Batallón Colombia demostró entonces cómo el Ejército, adecuadamente equipado, con tácticas bien planeadas y modernas, había entrado en una nueva etapa de su larga lucha contra la violencia que permitía esperar resultados más positivos, como evidentemente se han logrado varios des-

de cuando se desarrolló la operación en la Serranía de Lumbi. El pueblo campesino, los propietarios de fincas, las gentes que pueblan la región rural del país, todavía amenazada por las bandas de asesinos y de elementos comunistas y castristas financiados para su acción criminal desde países extranjeros, han recuperado la confianza en su ejército, y están colaborando con él de manera efectiva, cosa que no se hizo en el pasado con notable perjuicio para el desarrollo de las operaciones.

La valerosa actitud del doctor Mejía Duque que desafió a sus secuestradores a que lo mataran y se negó a aceptar la extorsión económica que le exigían así como la serena conducta de los familiares del secuestrado que confiaron plenamente en las fuerzas del orden y la cooperación de hacendados y colonos, deberían servir de un ejemplo general para quienes por temor o complicidad todavía entregan dinero, víveres, drogas y otros implementos a las bandas de asesinos. El sometimiento al chantaje de los malhechores es una actitud de doble faz que como se ha demostrado en tantos dolorosos casos, suele convertirse en arma contra el hacendado o del campesino que acepta la extorsión. Los desalmados criminales han matado a quienes les han dado dinero, como han asesinado a quienes jamás tuvieron contacto con ellos. Para que el ejército pueda lograr la completa pacificación del país, se necesita que todo colombiano que no tenga manchadas sus manos de sangre ni sometida su conciencia a las ideologías extremistas, colabore decidida y valerosamente en la persecución y denuncia de los autores materiales e intelectuales de la violencia.

La sensación de alivio que ha seguido a la tensa situación de los últimos días, como una consecuencia directa

del éxito de las operaciones realizadas por las Fuerzas Armadas, no debe de manera alguna adormecer a la opinión pública colombiana que tiene hoy más que nunca, conocidas como se conocen las implicaciones y proyecciones de los movimientos y objetivos de las bandas de asesinos, guerrilleros y terroristas, el deber de mantenerse en permanente vigilia al lado de las autoridades legítimas.

Una gran coalición nacional contra la violencia se impone frente al desafío castro-comunista de convertir a Colombia en un sangriento escenario de sus experimentos revolucionarios.

EL SOLDADO MUERTO

Jorge Robledo Ortiz, publicó en "La República" del 7 de octubre de 1963 el soneto que transcribimos, que con gran sentimiento exalta el sacrificio del señor Teniente ORLANDO ENRIQUE SIERRA, muerto a manos de los bandoleros cuando desempeñaba delicada tarea del servicio. Sobre el particular, véase la carta del padre del Oficial sacrificado, que aparece en el presente número como editorial de la Revista.

EL SOLDADO MUERTO

*AQUI YACE UN SOLDADO: Orlando Enrique Sierra
Arcilla que no tuvo ni tiempo de soñar.
Se le fugó la vida de frente a la violencia
Para que no sangrara el Himno Nacional.*

*Cayó como semilla en medio de la selva
Y hasta la misma noche se arrodilló a rezar
Por su voz apagada se alumbró la bandera
Y su cuerpo ya frío calentó la hermandad.*

*Aquí yace un soldado. Murió lejos del pueblo
Donde ahora sus padres se aprietan un recuerdo
Lo mismo que un cilicio al viejo corazón.*

*Murió por sus hermanos callada y simplemente,
Pero en la tierra inédita donde cayó su frente,
Florecerá mañana el árbol del amor.*

JORGE ROBLEDO ORTIZ

También el señor Jesús Antonio Rojas Saa, dedica un delicado soneto a la memoria del Teniente Sierra, otro héroe más en la ya larga lista de quienes han muerto por la Patria:

SONETO

AL TENIENTE ORLANDO ENRIQUE SIERRA

*Hay que sentir, lo que la Patria siente,
cuando muere un soldado, acribillado,
en aras del deber, y ausente,
de su Cristiano Hogar y desolado.*

*En la selva caído de repente,
lleno de amor, su pecho destrozado,
Por la Patria. La muerte indiferente,
confiando en Dios, recibe resignado.*

*Pero la Patria llora largamente.....
el pabellón se enarboló enlutado,
y el corazón entristecido siente,*

*Que sangra como Cristo del Costado,
pero lleva grabado eternamente,
en su interior, el nombre del Soldado.*

JESUS ANTONIO ROJAS SAA